CUANDO CREYÓ HABERLA ENCONTRADO,
SUPO INMEDIATAMENTE QUE LA HABÍA PERDIDO

EL LUGAR ADONDE VAN LAS PERSONAS QUE ESTÁN ROTAS

UNA NOVELA DE

GONZALO SENESTRARI

BÄRENHAUS

EL LUGAR ADONDE VAN LAS PERSONAS QUE ESTÁN ROTAS

BÄRENHAUS EDITORIAL

EL LUGAR ADONDE VAN LAS PERSONAS QUE ESTÁN ROTAS

BÄRENHAUS EDITORIAL

UNA NOVELA DE

GONZALO SENESTRARI

BÄRENHAUS

Intentaba solamente vivir lo que tendía
a brotar espontáneamente de mi interior.
¿Por qué habría de serme tan difícil?
«Demian» - **Hermann Hesse**

BÄRENHAUS
EDITORIAL

A ella,
por enseñarme a vivir,
pero sobre todo,
por enseñarme a morir.

y a *Devotchka,*
por poner a bailar
mi imaginación.

BÄRENHAUS
EDITORIAL

ÍNDICE

1. Chester 13
2. La peor idea en los últimos diez años 29
3. Tony Cohen vs. El mundo 41
4. Hotel alojamiento tailandés 53
5. Viaje a morfinlandia 65
6. El lugar adonde van las personas que están rotas 77
7. Noche de entrenamiento para ser normales 93
8. Pastillas. Libros. Caminatas 107
9. Hugo, el ninja 117
10. Elvis 129
11. Aldana 135

BÄRENHAUS EDITORIA

1. CHESTER

BÄRENHAUS
EDITORIAL

I

5.15 am.

Busco la manera de empezar. Busco la manera de presentarme. Busco esa bolsa con cocaína que dejé en algún lugar de esta habitación, y por alguna razón no la encuentro.

Maldición, acabo de sentir un *déjà vu*. Lo que es peor, acabo de sentir un *déjà vu* dentro de mi *déjà vu*. ¡Maldición! Es cierto. He consumido hasta el último miligramo que quedaba.

BÄRENHAUS EDITORIAL

5.16 am.

En situaciones como éstas, en donde carece la cocaína, y las ganas de llamar a mi *dealer* se ven frustradas por la escasez de dinero, hay dos maneras de proceder: con dignidad, o sin ella.

Me doy la oportunidad de sorprenderme a mí mismo, e intento accionar sin tener que perder nada a cambio. Así que sigo con mi plan de encontrar la manera de empezar, de encontrar la manera de presentarme.

Mi nombre es Chester, Chester Bloom. Así es como mis padres decidieron que la gente debía llamarme. Chester. Así es como le dicen a los cigarrillos en Guatemala. Chester. Y así es como la elección de mi nombre, los cigarrillos y Guatemala lograron coincidir:

24 años y algunos meses atrás.

Yo estaba en camino a descubrir los límites de elasticidad de la cavidad vaginal de mi madre. Y ella y mi padre se encontraban dentro de un taxi, dirigiéndose al hospital. Durante el viaje, el conductor les preguntó, por encima de los gritos de mi madre y con una tonada extranjera, cómo iban a llamarme, y en ese momento ellos recordaron (por primera vez) que tenían que elegir un nombre para mí. Al parecer habían estado los últimos meses ocupados con asuntos más importantes como para pensar en eso. Así que mi padre decidió no contestarle, en cambio quiso saber de dónde provenía su tonada. Y el chofer les habló sobre sus raíces guatemaltecas mientras conducía faltándole al respeto a cualquier semáforo que se interpusiera en el camino.

Diecisiete minutos después, llegaron al hospital. Al bajar, el hombre ayudó a mi padre a sacar de adentro del coche a mi madre, y en el movimiento no pudo evitar observar debajo del vestido de ella. Y ahí estaba la cima de mi cabeza, totalmente cubierta de sangre y fluidos... el olor de la libertad. El conductor se alejó rápidamente con la mirada perdida, sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor de su bolsillo, y se sentó en la vereda. Mi padre lo observó y le preguntó si se encontraba bien. Y él, aún con la mirada perdida, respondió:

—Sí, seño'. Solo necesito un chester.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Pestañeo y me sorprende recordar que he escuchado todas las versiones de esa historia. Pestañeo y mi mente vuelve a mi habitación. La habitación en donde vivo. Una habitación en el quinto piso de una hostelería, que en sus peores días se podría denominar pensión, ubicada en un barrio que ni siquiera sé cuál es con exactitud. No lo sé. Hay preguntas más importantes

que necesito responder. Como qué voy a hacer con el resto de mi vida, o al menos con el resto de hoy; o por qué me encuentro en este momento mirando fijo a mi tarjeta de crédito apoyada sobre esa mesa redonda. La tarjeta que utilicé de base para armar las líneas de cocaína. La tarjeta y esa cantidad de números que tiene marcados. Oh, entiendo.

Maldición. La dignidad ya no es más una opción.

Nunca lo fue.

5:32 am.

Hace unos minutos mientras estaba intentando, con un escarbadientes, remover los restos de cocaína que quedaban en los relieves de los números de mi tarjeta de crédito, llegué a una conclusión: Hay demasiada gente en esta ciudad.

Y recuerdo ese momento mientras miro por la ventana. Miro una ciudad y todas esas luces encendidas. Toda esa electricidad que le informa al espectador que la ciudad no duerme, que hay demasiada gente.

Fuck. Si tan solo pudiera concentrarme podría llegar a recordar en dónde dejé mi bolsa con cocaína. Maldición. Lo volví a olvidar. ¡Maldición! Creo que utilizo demasiado la palabra *Maldición.* La digo, la pienso y está constantemente ahí, acechando, a la espera del momento justo en el que algo vaya a salir mal.

Maldición ¿Dónde está la cocaína cuando uno más la necesita?

Y la respuesta es una sola:

Hay demasiada gente en esta ciudad.

BÄRENHAUS EDITORIAL

II

11:32 am.

Miro hacia arriba y allí está el cielo. Y no encuentro ni una sola nube. Agradezco haber recordado traer mis lentes oscuros antes de salir del hotel. Es una de las cinco herramientas que ayudan a la mañana siguiente de haber consumido cocaína. Anteojos de sol, botella de agua, pañuelos desechables, goma de mascar y más cocaína.

Dejo de mirar hacia el cielo y busco el timbre que quiero tocar, pero no. No hay ningún timbre que tenga escrito "Felicidad", así que me conformo con el 1ro "C". El timbre de Hugo.

—Mirá lo que tengo— dice él, cuando ya estoy dentro de su departamento. Y sonríe mientras me muestra una bolsa transparente con cogollos del tamaño de pelotas de *billar.*

Súper Skunk.

Maldición. Hugo tiene esa marihuana que es tan rica y agresiva al mismo tiempo. Esa marihuana que no vende. Ésa que es para su consumo personal. La última vez que la fumé terminé jugando durante cuarenta y cinco minutos al *"Dígalo con mímica"*, en una habitación en donde no había nadie más que yo.

Presto atención a Hugo y noto que está terminando de enrollar la última vuelta del cigarrillo de marihuana, mientras me cuenta que estuvo toda la noche mirando documentales, y que gracias a eso ahora sabe que las ballenas se aparean con un estilo un tanto similar al *gangbang*.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Lo miro fijo, y lo analizo. Y llego a la conclusión de que Hugo es una buena persona. Es un buen hombre. Un buen samaritano dirían algunos. Yo no lo diría, porque Hugo no es de la región de Samaria. Pero es una buena persona.

Hay tres cosas que hay que saber sobre Hugo:

1— Él me da drogas y yo le doy dinero.

2— Su altura es de casi un metro noventa.

3— De Lunes a Viernes, por la tarde, maneja un grupo de auto—ayuda para *adictos* a las drogas. Él dice que lo hace porque de esa manera (ayudando a *adictos*) se siente menos culpable por su verdadero trabajo. Yo digo que lo hace porque es una muy buena pantalla, y cada vez que lo digo, Hugo me responde con una sonrisa pseudo cómplice.

Él me prohibió acercarme a su grupo de auto—ayuda por dos razones:

1— Dice que yo no necesito ayuda.

2— Según él, si voy, hay muchas posibilidades de que se enteren que en realidad vende drogas.

Tal vez Hugo tenga razón.

Tal vez no.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Pasa el tiempo y, en un momento del día, Hugo me pregunta qué quiero comprar. Y antes de responder, noto que estamos los dos sentados dentro de la bañadera, afortunadamente vacía, de su baño.

Le respondo que no tengo dinero, que en realidad vine porque tenía ganas de verlo, y es mentira, él sabe que es mentira. Él sabe que estoy ahí para que me regale algo, cualquier cosa. Él nunca lo termina haciendo, y yo espero a que se distraiga para robarle. A veces me pregunto si es que lo sabe, o cuál sería su reacción al enterarse.

Decido salir de la bañadera y volver a la sala. Hugo va hacia la cocina a encontrar algo para comer, y durante la búsqueda me cuenta su última gran novedad. Así la llama él. Su última GRAN novedad.

—Y ahora estoy trabajando para el Estado. Me derivan casos judiciales de personas dependientes a las drogas— dice Hugo —El grupo está creciendo. Y estoy ayudando a muchos. Siento que les estoy haciendo muy bien. Los estoy sacando de esa...de esa...esa oscuridad en la que están metidos.

Quiero decirle que desde un principio él es el encargado de abastecer a las personas de esa *oscuridad*, pero no lo hago, porque algunos segundos después refuto mentalmente ese pensamiento. No es culpa de él, ni de sus drogas. No es culpa de nadie, y al mismo tiempo es culpa de todos.

Hugo tarda demasiado en la misión de encontrar algo comestible, así que aprovecho ese momento para meter dos dosis de LSD en mi bolsillo. No son las dos para mí, una es para ella. La mujer culpable de que me despierte todos los días con una erección en el corazón. Debería estar viéndome en este momento. Supongo que así se daría cuenta de lo importante que es ella para mí.

—Tengo un alfajor, un pedazo de queso, un paquete de maníes y media milanesa— dice Hugo —Podés elegir una sola ¿Cuál querés?

—Creo que la milanesa —respondo.

—No —dice Hugo —La milanesa no.

Hugo decide alcanzarme el alfajor y veo el envoltorio. Es un alfajor de tres pisos. ¡Yeah! Me sorprende lo poco que demanda mi felicidad cuando la dejo al cuidado de la marihuana.

Mientras como, Hugo me habla y solo le presto atención cuando la nombra a ella.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Aldana pasó por acá a la mañana —dice él —Compró cuatro *pepas*, cincuenta gramos de marihuana y dos gramos de cocaína.

Así es ella. Piensa en mí también. Todo el tiempo. Sé que soy lo más importante en su vida en este momento. No me lo dijo, pero lo sé. Lamentablemente lo sé, y todavía no sé qué hacer con esa información.

—Entonces no voy a necesitar esto —le digo a Hugo, mientras le devuelvo las dos *pepas* que le había robado, solo para saciar a mi curiosidad.

Hugo me mira en silencio, y luego me muestra esa sonrisa pseudo cómplice. Y apoya las *pepas* en el mismo lugar de donde las tomé. Y no logro descifrar si que haya colocado las *pepas* ahí fue casualidad, o si es que siempre lo supo.

—¿Y? ¿Estás escribiendo? —me pregunta Hugo.

Cierto. Lo había olvidado en la presentación.

Mi nombre es Chester, Chester Bloom. Escribo palabras, y las uno e intento que queden bien. O al menos eso era lo que hacía antes de comenzar a escribir artículos en una revista. Artículos sobre la vida nocturna. Hugo, en un impulsivo ataque de preocupación sobre mi persona, me había conseguido el trabajo de un día para el otro. La editora de la revista era uno de sus clientes, y él le había ofrecido un significativo descuento en drogas a cambio de darme el puesto.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Sí, estoy escribiendo cosas —respondo.

—¿Por qué no estás escribiendo? —pregunta Hugo.

Sí, el muy meticuloso siempre supo sobre el robo de las drogas.

—Porque me cuesta recordar cómo era que se hacía —respondo, esta vez con honestidad.

Él siempre se enoja conmigo cuando no escribo, por algún motivo es importante para él que yo lo haga, y luego de enojarse dice alguna frase que nunca sé si la dice para motivarme a hacerlo, o para que me sienta mal conmigo mismo. O las dos cosas juntas.

—Chester —Hugo se aclara la garganta y continúa —Todo el mundo puede escribir, vos no sos mejor que nadie.

—Hoy no voy a escribir.

—¿Por qué no? —pregunta Hugo.

—Porque voy a ir a ver a Aldana.

—¿Qué planes tienen?

—Improvisar en el momento y ver qué pasa— respondo.

—Eso es justamente no tener un plan.

—Exacto —le digo.

Luego miro la hora en un reloj que tiene colgado en una de las paredes de la sala, y tardo unos segundos en darme cuenta de que no funciona. Que las manecillas del reloj solo tienen la razón dos veces al día, durante un segundo. Y pienso que ese reloj es una gran metáfora de este lugar. Acá dentro el tiempo no funciona. No existe. Así que saludo a Hugo y me voy.

BÄRENHAUS EDITORIAL

III

Aldana. La extraño. Extraño drogarme con ella. Extraño reírme con ella. Extraño reírme gracias a ella. Extraño lo aguda que se pone su voz cuando está muy drogada. Extraño ese momento de la noche en el cual toma un libro de su biblioteca, lo abre en una página al azar y lee una frase. Extraño observar su biblioteca y notar como la mitad de esos libros pertenecían a mí. Y

extraño su cuerpo. Extraño su pelo rubio cortado estilo carré, extraño sus ojos desproporcionadamente más grandes que el resto de su cuerpo, extraño su nariz, que de frente es muy linda y de perfil arruina el resto de su cara. Extraño sus tetas, tan frágiles como la psiquis de su dueña. Extraño ese tatuaje en su brazo que ordena a quien lo vea a *tener pensamientos felices,* y extraño cómo me mira segundos antes de atacarme sexualmente. Y extraño la manera en la que practica sexo oral. Es tan puta en ese sentido, y tan santa en otros. Es una puta santa, o una santa muy puta. Ella es un oxímoron.

3:04 am.

Aldana tarda unos minutos en bajar a abrirme. Escucho la puerta del ascensor y la veo salir. Camina despacio hacia mí y me mira. Se detiene frente a la puerta de vidrio que nos separa, y me sonríe. Saca del bolsillo de su pantalón una bolsita transparente. La abre y toma uno de esos pequeños cuadrados de cartón de un centímetro por un centímetro que hay dentro, y lo apoya contra el vidrio. Luego saca la lengua y lame el vidrio, arrastrando el cartón hacia dentro de su boca.

Una *pepa* entera menos, y todavía quedan tres. ¡Maldición!

3:57 am.

Entonces ella dice —Hay Dios— o —Ay, Dios—

No lo sé. No sé si quiere decirme que hay un Dios entre todos nosotros, que todo lo ve, que todo lo sabe y que todo creó, o que tal vez nuevamente su casa es un caos, y acaba de darse cuenta. Sí, su casa es un caos, y hace juego con su cabeza.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Siento un escalofrío. Suelo sentirlos a veces. Más veces de lo que supongo que está considerado como el número promedio de escalofríos en la vida de una persona.

Ella abre la heladera que, por falta de lugar en la cocina, la tiene dentro de la sala. Y creo que ésa es una de las cosas que más me gusta sobre Aldana. La observo buscar algo. Y ella, de alguna manera, lo nota.

—Chester, dejá de mirarme —dice y cierra la puerta de la heladera, con las manos aún vacías, y me doy cuenta de que no encontró lo que fuese que estaba buscando ahí dentro.

Luego ella toma el cigarrillo que está consumiéndose en el cenicero, y fuma. Por un momento pienso que es un cigarrillo de marihuana, pero no lo es. Es de los normales. En realidad, ¿Cuáles son los normales?

Aldana camina, o levita, hasta estar frente a la biblioteca. Apoya el dedo índice en uno de los libros, y noto que, aunque no fue una decisión completamente al azar, luce como una. Toma el libro, y no puedo distinguir cuál es. No logro ver bien de lejos. Miopía, eso tengo. Simplemente un día apareció, y nunca más se fue. Así como Aldana.

—*"Intentaba solamente vivir lo que tendía a brotar espontáneamente de mi interior. ¿Por qué habría de serme tan difícil?"* —lee Aldana.

Y yo asiento con la cabeza, sé que leí ese libro, pero no puedo recordar cuál es.

Cuando me quiero dar cuenta, el libro que Aldana segundos antes tenía en sus manos, vuela hacia mí y golpea mi frente. Pestañeo y ella me enfrenta. Cubre parte de mi cuello con una de sus manos, y comienza a apretarlo fuertemente, pero en este estado no duele. En este estado es una caricia. Acerca su boca a mi oreja.

—Quiero atención —me susurra de una manera ingenua y pornográfica en partes iguales.

BÄRENHAUS EDITORIAL

5:59 am.

En segundos se harán las seis de la mañana y yo no puedo dormir, ella no puede dormir. Nadie puede dormir. Nadie duerme esta noche. Estamos en la ciudad de la gente que no duerme. De la gente que no sueña. De la gente que no duerme, pero tampoco está despierta. Creo que estamos en Japón. Maldición. ¡TSUNAMI! Rápido, todo el mundo a tener sexo. Menos los japoneses. Sí, ellos son extraños. Nadie quiere ver tener sexo a los japoneses, o a los filipinos, esos sí que son tan raros. No, momento. No puedo ser así. Japoneses y filipinos, están invitados.

Y me sorprende ser relativamente amable con las personas, al menos en la orgía masiva pre—tsunami que acabo de crear en mi cabeza. Estoy siendo amable. Debe ser uno de esos súper poderes que vienen incluidos cuando uno toma LSD.

¡Auch! Me duele. Ella acaba de morderme una nalga. Qué mujer extraña.

Oh. Mi dulce y drogadicta Aldana, quiero destruirte.

BÄRENHAUS EDITORIAL

IV

Al mediodía me despierto con el sonido de la lluvia y de Aldana limpiando su departamento. Ella siempre es muy responsable al día siguiente de una noche de consumir drogas.

Abro los ojos y la veo. Lo primero que noto es que sus tetas están al descubierto. Lo segundo que noto es que el enfoque de mi visión de reconocimiento tomó la decisión de quedarse unos segundos en esa zona y no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Luego ella cubre una de sus tetas utilizando un brazo y la mano, y

yo la miro a los ojos. Ella sonríe y comienza a abrir los dedos de esa mano, y su pezón aprovecha el momento para respirar. Su falso pudor es una de las cosas que más me excita en este mundo. La invito nuevamente a la cama con un gesto de manos un tanto confuso y ella niega con la cabeza, y luego se queja porque dejó de llover. Ella puede cambiar el tópico de conversación en un segundo, sin pedir permiso y sin necesitar un sentido o justificación. Ella lo hace simplemente porque puede.

Aldana sale de la habitación, y al hacerlo veo su culo al descubierto. Es un pequeño culo, de esos que al agarrar una nalga se siente como si estuvieras cubriéndola con toda la mano aunque no lo estés haciendo. Es un pequeño culo pero tiene la intensidad de un culo de mujer portorriqueña.

—¡NO! —escucho gritar a Aldana desde el living —¡Olvidé llamar al trabajo para avisar que no puedo ir porque estoy enferma!

BÄRENHAUS EDITORIAL

El resto del día lo gastamos sentados en el suelo, jugando a nuestra propia versión del *scrabble*. Es la misma versión que la del juego original, solo tiene una pequeña y auto—destructiva modificación. Los puntos que logra cada uno con la palabra formada indican la cantidad de milímetros que va a tener la línea de cocaína que se va a inhalar al finalizar el turno. Y ella maneja un léxico más amplio que el mío, ella está muy drogada. Sobre todo en el momento en el que decide tomar el tablero y arrojarlo. Acto seguido me mira y me hace sonreír. Como siempre.

—Chester, ¿Sabés que deberíamos hacer ahora?

—¿Qué?

—Hacernos preguntas normales.

—¿Qué son preguntas normales? —pregunto.

—Las preguntas que hace normalmente la gente.

—Ah.

—Sí —dice ella —¿Te gusta el helado de chocolate?

—No, ¿a vos?

—Preguntame algo distinto —me ordena.

—¿Creés que los dedos de tus pies son lindos?

Aldana sonríe, se acerca gateando hacia mi y me da un beso en la frente que me hace sentir un idiota, pero por alguna razón lo siento como algo positivo.

Ella se mantiene frente a mí, siguen tanto sus manos como rodillas apoyadas en el piso.

—Chester —dice Aldana —No estoy bien.

—¿Ahora o...?

—En general.

—Ah.

—Me gustaría escuchar algún consejo en este momento.

Pienso. Pienso. Pienso. Y hablo:

—Para que no estés bien, tiene que haber algo que sea el motivo por el cual estás mal. Creo que el secreto sería alejarte la mayor cantidad de espacio, en el menor tiempo posible, de ese motivo —le aconsejo.

Y ella se queda en silencio, mirándome. Y yo reconozco esa mirada, sé exactamente lo que va a hacer en este momento. Y me besa. Me besa hasta que introduce mi pene dentro de su boca. Y allí, en ese punto en donde el amor y la perversión de abrazan, ella me sigue besando. Y en ningún momento sospecho que ésta quizás sea la última vez que vea a Aldana.

BÄRENHAUS EDITORIAL

BÄRENHAUS
EDITORIAL
BÄRENHAUS
EDITORIAL